

MURCIA, VISTA DESDE FUERA

RUBÉN CASTILLO GALLEGO

Nos acaba de enriquecer la siempre activa Real Academia Alfonso X el Sabio con un nuevo libro: *Los hispanistas murcianos y nuestra literatura*¹, en el cual se reúnen las cuatro conferencias dictadas por investigadores murcianos de trayectoria internacional sobre escritores murcianos de no menor prestigio. Se trata, pues, como dicen con tino los editores, de un “homenaje a unos y a otros, que forma parte ya del patrimonio bibliográfico y cultural de esta Región con este libro, testimonio de trabajo y dedicación, inteligencia y buen hacer literario” (p.8).

En el primero de estos estudios, titulado “La idea de Murcia como fuerza compensadora en la vida de don Juan Manuel”, el profesor Joaquín Gimeno Casalduero, discípulo de Baquero Goyanes y experto medievalista, nos señala que el sobrino de Alfonso X “escribe para indicar a los hombres el camino de la salvación, y, al mismo tiempo, para enseñarles a vivir en la tierra manteniendo su posición social” (p.25). Y estima que el cauce más viable para la mayor parte de ellos consiste en “una vida mixta, en la que lo activo y lo contemplativo se mezclen” (p.27). Defensor fervoroso del feudalismo, don Juan Manuel “se opuso como líder de la nobleza a los reyes castellanos” (p.37); y soñó con la posibilidad de ser, él mismo, rey. En concreto —y así lo señala Gimeno—, pudo serlo de Murcia. Y aunque no lo fue, porque las circunstancias históricas y políticas se aliaron en su contra, sin duda se puede considerar que fue Murcia “el reino que don Juan Manuel, como adelantado, gobernó con pasión y con turbulencia, que codició y que amó profundamente” (p.46).

Este trabajo del profesor Gimeno Casalduero se centra mucho más en el plano político-teológico que en el más puramente literario; y es, en esa órbita, altamente valioso.

¹ VV.AA., *Los hispanistas murcianos y nuestra literatura*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga y José Belmonte Serrano, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2005.



La segunda de las conferencias fue pronunciada por el profesor Javier Herrero, de la universidad de Virginia, y supone una aproximación a la figura de “Juan Guerrero Ruiz. Cónsul general de la poesía y domador de poetas”, como reza el título de su disertación. Nos explica allí que éste, formado en Murcia, estuvo unido “intelectual y emocionalmente a extraordinarias personalidades murcianas con quienes mantendrá una íntima, fraternal amistad” (p.48). Lector entusiasta de muchos poetas del 27, impulsor de la revista “*Verso y prosa*”, rebautizado como “cónsul general de la poesía” por el dictamen fervoroso de Federico García Lorca (quien le dedicó un poema del *Romancero gitano*), su obra *Juan Ramón de viva voz* constituye, según Herrero, “una obra maestra literaria” (pp.51-52). Y es que no resultaba fácil acercarse sin prevenciones al poeta de Moguer, pues como dice el autor de este artículo, “la *leyenda negra* de Juan Ramón es realmente la historia de Juan Ramón” (p.52). Atendiendo a esta circunstancia, es loable que Juan Guerrero actuara como embajador para que Jiménez conociera la obra de varios poetas murcianos. Y también que lo ayudara de forma incansable a ordenar y pasar a limpio sus numerosos manuscritos. En su libro *Juan Ramón de viva voz* descubrimos —nos explica el profesor Herrero— la parte más humana, tierna y fervorosa del poeta andaluz, entregado sin claudicaciones a su ideal de Belleza. Y si bien es verdad que fue “un hombre de un egoísmo absoluto y de una intolerante soberbia” (p.71), quizá la monstruosidad titánica de su esfuerzo creador le disculpe ante la posteridad.

Pero también se nos aportan en este trabajo (porque el equilibrio debe ser la medida de todas las cosas) varias anécdotas dulces del “fiero califa” (p.56), que no dejaba de tener su lado angélico, expresado en la adoración que sentía por los niños y en la exquisitez delicada que manifestaba en el trato con las mujeres. También se nos cuentan en este escrito de algunos episodios eróticos poco conocidos de la juventud de Juan Ramón (algunos de ellos, dignos de aparecer en una novela sicalíptica), de su maniática obsesión por su salud (que lo impulsaba a hospedarse en pensiones que estuvieran cerca de centros médicos), de sus neurosis de aislamiento o de su “lírica mala leche malva” (con esas palabras describió su forma de ser Francisco Umbral, hace años).

Gonzalo Sobejano, de la Columbia University, antiguo profesor en Nueva York, Pittsburg o Filadelfia, doctor Honoris Causa por la universidad de Murcia (1989) y experto en autores tan dispares como Friedrich Nietzsche, Quevedo o Juan José Millás, engrosa los estudios sobre el más ilustre escritor yeclano con la conferencia “José Luis Castillo-Puche frente a dos ciudades: Nueva York, Roma”. Y en sus líneas nos aclara que, si bien es verdad que al referirse a Yecla es cuando el escritor “más conmovido se muestra” (p.76), hay otras dos ciudades a las que dedicó, narrativamente, especiales atenciones: Nueva York y Roma; la sede del capitalismo y la sede de la catolicidad, metaforizadas por la ONU (organismo político) y el Vaticano (organismo eclesiástico).

Jeremías, el anarquista es la obra donde Castillo-Puche desarrolla, por boca de su personaje (con quien no se identifica), una “enconada diatriba” (p.80) contra la ONU, a la que juzga un gran pudridero hipócrita y mendaz, al servicio de intereses



económicos y políticos generalmente bochornosos. Por la ciudad de Nueva York, en su conjunto, experimenta sensaciones algo más ambiguas, donde se mezclan la admiración y la repulsa, el asco y el éxtasis contemplativo.

Roma, ramera y romera se centra en la capital italiana, y es una obra que Sobejano define como “escrito confesional consistente en una visita a Roma en la que el autor experimenta un cambio en la proyección de su arte, que es a la vez la revelación del Cristo verdadero” (p.93). Esta textura la acerca a los territorios del *bildungsroman* o ‘novela de formación’. Al protagonista de esta novela “le disgusta la arquitectura espectacular de San Pedro y sus aledaños” (p.97), lo que viene a representar y simbolizar su odio por el rumbo avaricioso, desnortado y mundano que ha seguido la iglesia en los últimos siglos.

Y, por fin, el profesor Juan Cano Ballesta, docente en Virginia o Yale, gran conocedor de la obra de Miguel Hernández y autor de libros tan importantes como *Poesía española reciente (1980-2000)*, aborda con pasión e inteligencia la figura de Francisco Sánchez Bautista. Recuerda primero sus libros iniciales, y habla de “aquel hondo sentido de crítica y denuncia de la injusticia” (p.106) que se detectaba en ellos. El escritor luchaba entonces con sus versos contra las miserias del mundo. Pero, al mismo tiempo, también era un hombre que se lanzaba a cantar las bellezas de su huerta mediterránea, las bondades de su clima y el esplendor de su luz, porque el poeta “se siente deudor de ese paisaje que reconoce como parte de sí mismo” (p.117). La mezcla de esas dos realidades (el campo como elemento duro y hostil; el campo como espacio idílico y radiante) se transforma en la médula del sentir poético de Sánchez Bautista. Y el profesor Cano Ballesta lo expresa en un párrafo magnífico: “El cantor de estas tierras parte de un paisaje real, no carente de problemas que él ha vivido y recorrido desde su infancia, para transfigurarlos en paraíso [...]. Con ello estamos asistiendo con asombro a la mitificación de la huerta murciana” (p.118). Pero en la poesía posterior (sobre todo, en el excelente volumen *Elegía y treno*) se diluye ese fervor, y se ingresa en un cierto desencanto, provocado tal vez por el abandono que la huerta sufre. Observador atento del paisaje, el poeta de Llano de Brujas ha podido constatar que, como escribió hace años el profesor Francisco Javier Díez de Revenga, si hablamos ahora de la huerta murciana tenemos que referirnos inevitablemente a “la pérdida de una Arcadia”².

Estamos, pues, ante un volumen vivo y sugerente, en el que cuatro de los hispanistas de más relieve en el panorama internacional son convocados por la Real Academia Alfonso X el Sabio para analizar la obra de cuatro creadores fecundos, poliédricos, palpitantes. Un póker de estudiosos frente a un póker de escritores, sobre el tapete verde de la Historia. Ocho personajes de la cultura regional enfrentándose y enriqueciéndose para que nosotros, los lectores, que somos los espectadores de este festín intelectual, salgamos de la experiencia mucho más sabios. No se le puede pedir más a un libro.

² Francisco Sánchez Bautista, *Elegía y treno*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2000, p.23.

